

Pocos libros son tan impactantes, inquisidores y profundos. Al igual que el texto de Aizenberg, su lectura refleja la ambigüedad, complejidad y riqueza de esta literatura que, a pesar de su invisibilidad, ha definido la identidad de las Américas.

Marjorie Agosin

Wellesley College

ANDREAS SCHEDLER, JAVIER SANTISO (compiladores): *Tiempo y Democracia*. Caracas: Nubes y Tierra, Editorial Nueva Sociedad, 1999.

Los colaboradores de este apretado volumen abren diferentes dimensiones del tiempo: la antropología, la ontología, y la política principalmente. Sin duda, frecuentamos la apelación a Cronos (con sus bendiciones y angustias) como si fuera un dios vacío, al que únicamente la adjetivación (“tiempo histórico”, “social”, “terapéutico”, etc.) le presta contenido. Sin embargo, también usamos expresiones en el habla popular y erudito que delatan que el tiempo, en sí y por sí mismo, propina efectos desiguales. Ejemplos: “el tiempo cura”, o “en el curso del tiempo se reveló la verdad (o la mentira)”, “es cuestión de tiempo”, “las demandas del tiempo” y otros predicamentos similares.

En esta bisagra entre la ausencia, por un lado, de significados propios del decurso temporal y sus implicaciones intrínsecas, por el otro, se sitúa este provocativo texto. Los autores – sociólogos y politólogos esencialmente – convienen en omitir algunos antecedentes importantes en las inquisiciones de este tema, acaso para subrayar las novedades que sugieren. Pero esta actitud no es razonable. La perspectiva debe cuidarse precisamente para integrar lo propuesto en el pasado con las innovaciones originadas en estudios recientes. Recordaré algunas prefiguraciones de este asunto.

En la filosofía, por ejemplo, Kierkegaard apuntó en la partida de su postura existencialista los filos del tiempo como fuente de una angustia esencial. Se nace y se muere en el tiempo con un ritmo inexorable, indetenible. Angustia que para este pensador religioso tornaba misteriosa, si no inescrutable, la sabiduría divina.

En la historiografía y en la economía, cabe evocar las “ondas largas “ de Braudel, que constituyen un horizonte y una tribuna para procesos estructurales que mudan la fisonomía y la gravitación de los hechos. O los ciclos de Kondratieff que presidirían el flujo de las innovaciones y de las crisis.

En fin, el psicoanálisis. La sesión terapéutica posee un ritmo al que se sujeta el diálogo; éste crece o se contrae conforme a la marcha del reloj. Circunstancia que es más dramática en el caso de los terapeutas lacanianos, que se rebelan

contra los ortodoxos “cincuenta minutos” freudianos y manejan el curso temporal de las sesiones conforme a la dinámica que exhibe, gestando por lo imprevisible del corte del encuentro, una angustia que ellos consideran “saludable” o “reveladora”.

Este volumen encara otra esquina del tiempo. Es resultado de un “Diálogo sobre la Democracia”, que tuvo lugar en Viena en 1995. La editorial Nueva Sociedad tuvo el acierto de publicarlo en una traducción impecable. Indican los compiladores en el prólogo que las ciencias políticas aún no han integrado sistemáticamente esta variable, a pesar de su peso considerable en el discurso y en el imaginario de los que manejan y sufren el poder. Contrastan, por ejemplo, entre el régimen autoritario donde reinaría la arbitrariedad (p. 11), es decir, la duración infinita de los abusos, y el régimen democrático que acepta “el imperio de la ley”, esto es, plazos claros y convenidos para votar, discutir, dibujar cronogramas, apoyarlos o bien ponerles punto final. La democracia es un gobierno *pro tempore*, pues se asienta en elecciones regulares y fechadas; y los escogidos saben que gozan de una legitimidad provisional. La periodicidad inexorable de los cargos trae consigo presiones para alcanzar metas prometidas o para soslayar errores críticos.

De aquí que la democracia debe apegarse a calendarios, dosificar velocidades en la corrección o aplicación de políticas, manipular secuencias y ritmos, y asegurar razonables sincronías entre las decisiones. *Está en el tiempo*. Una revolución procura acelerarlo (“es un tiempo de locuras”) mientras que la búsqueda de consensos reclama la lentitud (p. 15). Simultáneamente, ningún régimen puede descuidar “fechas límite”, o “puntos sin retorno”, si se inclina a eludir el colapso o la deslegitimación.

Juan Linz contribuye con un artículo que resume trabajos anteriores sobre la democracia, a la vez que los reformula considerando esta incipiente *política del tiempo*. Reitera que, en contraste con los absolutismos indiferentes (relativamente) a los altibajos del tiempo, las democracias deben encarar las angustiada certidumbre de los plazos electorales. Por añadidura, están obligadas a atenuar los desencantos y las desilusiones que provocan en una ciudadanía en el corto plazo hasta tanto “madura” el efecto de las reformas solicitadas. Los totalitarismos están “para siempre” y poseen los recursos para eternizar oscuridades en la sociedad civil. Como si fueran dueños excluyentes y únicos escritores de la Historia.

Linz sugiere interesantes ideas sobre “los cronogramas de la transición” (p. 30), circunstancia que gravita en sociedades como las latinoamericanas o las de Europa oriental cuando pasan de una etapa (dictadura, comunismo) a otra. ¿Cómo se debe manejar y evaluar esta transición? ¿Por qué algunas sociedades parecen encarcelarse en ellas, o bien caen en el éxtasis de una perpetua reorganización que

nunca acaba? El autor se limita a traer la pregunta, lo cual ya es meritorio. Otros ensayarán respuestas.

Robert Goodin pone de relieve las tácticas de los políticos gobernantes cuando se ven obligados a manipular a la ciudadanía en un contexto en que los tiempos de los primeros no coinciden con los de la sociedad. Cuando los hombres en el poder arguyen que algo es “inevitable”, o “irreversible”, o “postergable”, ¿en qué se sustentan? ¿Y cuánto tiempo poseen los ciudadanos para evaluar estos juicios? Con frecuencia ceden a alusiones y a ilusiones (p. 59) para despistar a los electores. Goodin recurre a Durkheim a fin de rejuvenecer la noción de “tiempo social”, que tendría duraciones desiguales en culturas primitivas y en las modernas (y posmodernas). El agitado tiempo social de estas últimas obliga a respetar secuencias, con el riesgo de incurrir en un regresivo conservadurismo. La tentación de adherir a “la política del rebaño” —ni adelantarse ni rezagarse— es vehemente (p. 64).

Thomas Patterson examina los contornos y el contorneo del tiempo desde la perspectiva de los medios de comunicación. El periodismo cultiva el “ahora”, el “rating”, el episodio escandaloso más que la decisión significativa. Fomenta así el cortoplacismo, la inmediatez, la impaciencia, la despolitización. Sin embargo, Patterson descubre que en la última década el periodismo interpretativo está ganando terreno, y que uno de sus efectos es extender el horizonte de los lectores (p. 87). Hallazgo esperanzador. Pero no es seguro que los anunciantes que financian el periodismo auspicien esta tendencia si llega a implicar una reducción de los tirajes.

Por último, Philippe Schmitter y Javier Santiso inauguran dos neologismos (“transitólogos” y “consolidólogos”) al abordar las transiciones en Europa oriental y en América Latina. Estos pasajes de un régimen a otro —de un tiempo a otro— eleva los niveles de incertidumbre de los actores políticos (p. 101), pues se desplazan por caminos desconocidos cortejando el extravío y el error. En este contexto, la oportunidad (*timing*), la velocidad en la marcha, la sincronización de las decisiones, el manejo de variables (financieras, tecnológicas, electorales) que se apegan a ciclos temporales desiguales determina la fortuna de la transición. No hay tiempo para titubear o postergar, pero las probabilidades de equivocarse son altas (p. 107). Alucinante dilema que sociedades como las latinoamericanas han padecido en variados recodos y contingencias. Para los autores, las tensiones de la “transitología” agudizan las dificultades de la gobernabilidad. Los políticos se abstienen de tomar iniciativas audaces y consistentes, pues temen irritar a los ciudadanos, habituados como están a decisiones comprensibles y medidas. El resultado: un pánico a las reformas estructurales, apenas disimulado por líricos predicamentos. La historia no se mueve. O se repite.

Como puede concluirse de esta breve revista, la compilación efectuada por Schedler y Santiso refresca y provoca: dos atributos que la tornan lectura indispensable.

**Joseph Hodara**

Universidad de Bar Ilan